

No obstante él mismo había invocado el justo juicio de Dios sobre la raza del alemán Rodolfo, y de Alberto, su hijo, que dejaron por *codicia* devastar el jardín del Imperio: había maldecido á Wenceslao, *nutrido de ociosidad y de libertinaje*; pero preparaba al *divino y venturoso Enrique de Luxemburgo* un lugar en el paraíso, y le instaba á descender á Italia; cuando le vió detenerse bajo los muros de Brescia y de Milan, le escribió estrechándole para que llegara á cortar la cabeza de la hidra, á derribar á Florencia, «vibora que volvía su veneno contra el seno de su madre; oveja enferma que al aproximarse mancilla el rebaño de su señor: Mirra depravada é impia, inflamándose al fuego de los abrazos paternos.» De este modo escitaba al extranjero contra Florencia, ciudadela entonces y después de la libertad italiana... Cumpliéronse los votos del poeta: llegó el día en que el extranjero *cabalgó* en Italia, en *aquella bestia orgullosa, pérfida y salvaje*, y los abrazos de los emperadores, cuando los papas se convirtieron de enemigos en aliados y conniventes suyos, prepararon una época de oprobiosa esclavitud, y la malhadada necesidad de acudir á terribles tentativas para emanciparse.

Apresurémonos á decir que en la mente del Dante aquel emperador debía residir en Italia, y que según sus palabras los monarcas se habían hecho para el pueblo, y no el pueblo para los monarcas, que no son otra cosa que los primeros ministros del pueblo. Así el buen sentido natural del escritor recupera la ventaja cuando se amortigua la cólera del momento. Del mismo modo, á pesar de haberse mostrado celoso de los orígenes puros, ataca los privilegios de la cuna y el edificio feudal, hasta el punto de inclinarse á que se aboliese, no sólo la herencia de los honores, sino también la de los bienes. «El poder público, dice, no debe redundar en ventaja de un corto número, que invade con el título de nobleza los primeros puestos. A darle crédito, consiste la nobleza en una serie de abuelos ricos. Pero, ¿qué estimación merecen las riquezas, menospreciadas por las miserias de la posesión, por los peligros de su acrecentamiento, por la iniquidad de su origen? Esta iniquidad parece provenir, ora de una ciega casualidad, ora de una industria astuta, ora de un trabajo interesado, y ajeno por consiguiente á toda idea generosa, ora del curso natural de las sucesiones. En realidad no es posible conciliar este último caso con el orden legítimo de la razón, que desearía que pasara la herencia de los bienes al heredero de las virtudes. Si el derecho de los nobles consiste en una larga serie de generaciones, la razón y la fe les enlazan á los piés del padre común, en quien todos los hombres fueron ennoblecidos ó declarados plebeyos. Suponiendo desigualdad, la aristocracia hereditaria, la multiplicidad primitiva de las razas repugna al dogma católico. La verdadera nobleza reside en la perfección á que puede llegar cada criatura dentro de los límites de su naturale-

za. Para el hombre especialmente existe en la armonía de las felices disposiciones, cuyo germen deposita la mano de Dios en su seno, y que cultivadas por una voluntad diligente, se trasforman en ornamentos y virtudes.»

Además de la Divina Comedia, compuso Dante diferentes poesías, con especialidad canciones amorosas, de que hizo después un comentario en el *Convito*, obra mediana, en que llegado á la edad madura quiere señalar razones filosóficas á sentimientos que provienen directamente de su corazón en sus años juveniles.

Aquellos que nos leen saben que en la época en que vivía Alighieri, se empleaba la lengua italiana de mucho antes como idioma escrito: los que por mayor comodidad ó por ignorancia repiten las proposiciones ajenas dirán que la creó de un golpe, cuando sin hablar de otros, Guido Cavalcanti, su amigo, la manejaba ya con una elegancia completamente moderna (21). Dante la hizo tomar un vuelo más sublime; no la fijó, pero la determinó. Entre las palabras de que hizo uso, si se exceptúan las expresiones doctrinales y todas que creaba por necesidad ó por capricho, casi todas se usan en la actualidad como las del Petrarca. Es un delirio asegurar, á semejanza de ciertos escritores, que fué tomando de uno y otro dialecto las voces que le parecieron preferibles: no hubiera sido menos funesta esta mezcla al idioma italiano, que para el francés lo fueron los ensayos intentados por Ronsard y su pléyade. Además, desmienten esta alegación sus versos y su prosa, donde se ve que las expresiones en nada se diferencian de las que fueron empleadas por sus contemporáneos y por los escritores anteriores. Habiendo tenido la felicidad de nacer toscano, no tuvo que poner por obra más que su dialecto nativo; y si tomó algunas palabras de otro, son seguramente menores en número que las expresiones latinas y provenzales, que por esto no se han connaturalizado en Italia. Se puso no obstante como consecuencia de su desdenosa cólera

(21) Citaremos como único ejemplo, dos estrofas de su balada *Era in pensier d'amor* (Estaba enamorado).

Hallé en un bosquecillo una zagala
Más que la estrella hermosa;
Con rubia cabellera,
Ojos llenos de amor y tez de rosa:
A apacentar llevaba
Sus mansos corderillos;
Y el rocío bañaba
Sus piés desnudos; amoroso canto,
Contemplaba el encanto.

Saludé con amor á la pastora,
Le pregunté si acompañada iba;
Y con voz apacible
Dijo, que sola por el bosque andaba,
Y añadió luego: sabe
Que mi pecho sensible
Amar desea cuando trina el ave.

contra su patria, á profesar teorías contrarias á las que él mismo practicaba; y después de haber tratado en su libro *De vulgare eloquio* (escrito en latin por una estraña contradicción), del origen del lenguaje humano (22), de su división, y de los idiomas derivados del latin, que son la lengua de *oc*, la lengua de *oil* y la lengua de *si*, reconoce en esta última catorce dialectos de los que es preciso purgar, como de mala yerba, el suelo de la patria. Estirpa primero el romañol, el espoletano, el anconitano, después el ferrarés, el veneciano, el bergamasco, el genovés y el lombardo y otros dialectos del otro lado del Po, *asperos y erizados*, así como los *cruels acentos* de los istriotas; después vitupera á los toscanos porque *arrogantemente se atribuyen el mérito de hablar al vulgo ilustre*, al paso que el lenguaje que llaman de esta manera, «es el que se presenta en cada ciudad y no reside en ninguna este lenguaje vulgar, cardinal, áulico, que existe en todas las ciudades de Italia, y parece no pertenecer á ninguna, con el cual todos los dialectos vulgares de todas las ciudades de Italia deben medirse, pesarse y compararse.»

Nunca hemos podido conocer, lo confesamos, el objeto preciso que se ha propuesto Dante en este escrito, tanto parece contradecirse con frecuencia. Leimos de todos modos, en él, que *no solo la opinión plebeya, sino muchos hombres célebres, se entregaban entonces á la locura*, atribuyendo al florentino el título de vulgar ilustre; que Dante creía necesario asignar un dialecto para fundamento de la lengua escrita, aunque su rencor político le hizo preferir el boloñés al florentino; que se debe observar la gramática para escribir en latin, pero que el *hermoso idioma vulgar según la costumbre*. Además, él no trata de la lengua en general, sino la que conviene á las canciones. Esto es lo que deben tener presente los que pretenden hacer de Dante florentino un adversario de aquel dialecto florentino que ha entronizado para siempre.

Petrarca, nac. 1304.—Le ayudó en su obra Francisco Petrarca, nacido en Arezzo de un desterrado florentino, nombrado Petracco. Se inició sucesivamente en las ciencias en Pisa, en Aviñon, después en Mompeller y Bolonia; pero el jóven estudiante

prefería á los áridos trabajos del derecho la lectura de Ciceron, y la compañía de Cino de Pistoia y de Cecco de Ascoli, que le inspiraron el gusto á la poesía italiana. No teniendo más que un corto patrimonio, se dedicó al estado eclesiástico; y sus modales corteses, su talento claro y despejado, le valieron una escelente acogida en la corte pontificia de Aviñon. La amistad de Jacobo Colonna, hijo de Esteban, que después fué obispo de Lombez, le facilitó el acceso para con los principales prelados. Se aplicó entonces enteramente á los estudios clásicos, é idólatra de la civilización antigua, su imaginación le representaba sin cesar la ciudad de Rómulo y de Augusto con sus antiguos héroes, en la que los papas abandonaban á las bandas armadas de los Orsini y de los Colonna. Aplaudió, pues, sinceramente á los que intentaron una restauración romana.

Aunque muy capaz de apreciar las bellezas clásicas, se figuró poder llegar á ellas, y compuso el *Africa*, poema sobre el motivo ya tratado por Silio Itálico; insertó también un largo fragmento de aquel autor, lo que ha hecho se le acuse de haber cometido un plágio, con el pensamiento de que poseyendo el único ejemplar que existía de Silio, nadie podría hacerle un cargo (23). Es una historia sin artificio poético, sin episodios nuevos, sin nada que suspenda la curiosidad. Pero no se habían oído tan hermosos versos desde Claudiano; tanto se había apropiado Petrarca por la meditación la sustancia misma de los clásicos. Alude en sus *Eglogas*, á acontecimientos del momento, bajo designaciones pastoriles, sin desdeñar la lisonja y mostrándose más poeta que en el *Africa*.

De los versos latinos es de los que se prometía la inmortalidad, cuando la consiguió, por el contrario, de un pequeño accidente de su existencia. Laura, hija de Odiberto de Noves, y mujer de Hugo de Sade, habiéndose ofrecido á su vista en Aviñon, se enamoró de ella (24); esta pasión no tuvo nada de novelesca, porque la que era objeto de ella, continuó viviendo en perfecta armonía con su marido, á quien dió doce hijos; por otra parte no desvió á Petrarca ni de sus estudios, ni de

(23) El conde Alberti posee en Roma un Silio Itálico cubierto de notas de mano de Petrarca. Sin embargo, Caluso y Baldelli se encolerizaron cuando se dijo que Petrarca debía haber tenido conocimiento de aquel autor, y haber tomado de él el asunto del *Africa*.

(24) «Ved que he llegado á la época más crítica de la vida de Petrarca. Quisiera poder cubrirla con un velo, y ocultar á la posteridad todas las locuras que le ha hecho hacer una pasión que le ha atrevido por espacio de mas de veinte años, y de la que se ha arrepentido todo el resto de su vida.» DE SADE, *Mem. para la vida de Petrarca*, lib. II. Sin embargo, no se ha demostrado que de Sade haya descubierto la verdad sobre lo que concierne á Laura. Véase *La Ilustre Castellana de los alrededores de Vaucluse, la Laura de Petrarca*, por HYAC D'OLIVIER VITALIS. Paris, 1843.

(22) Según él, la primera lengua, creada al mismo tiempo que el hombre, fué el hebreo. En el *Paraiso*, por el contrario, dice que tuvo un origen natural, pero que había perecido. Sostenía, como nosotros, que todas las ciencias se habían revelado al primer hombre.

*Tu credi che nel petto, onde la costa
Si trasse per formar la bella guancia
Il cui palato tanto al mondo costa...
Qualunque alla natura umana lece
Aver di lume tutto fosse infuso.*

«Tú crees que en el seno de cuya costilla fué engendrada la hermosa encantadora que tan cara hizo pagar su debilidad al mundo, se hallaba infundida cuanta luz es dado adquirir á la naturaleza humana.» Par. XIII.

amores más positivos, ni de las intrigas de la corte, y pensar en su gloria. Solo componía para Laura de cuando en cuando ó traducía del provenzal algún soneto, alguna canción que la fama del autor, así como su propia suavidad, hacían buscar y repetir; de esta manera adquiría entre las bellas aquella celebridad que le había hecho ya grande entre los doctos. Semejante publicidad tuvo por resultado imponerle en cierta manera el deber de perseverar en los mismos sentimientos con respecto á Laura, que parece no se espuso á entibiarlos satisfaciéndolos. Después cuando ella murió veinte años después, Petrarca se honró con su constancia ante sus cenizas, nutriéndose de recuerdos y dolor.

Lo que más le agradaba en la hermosa dama de Aviñon, eran las perfecciones de su persona, sus bellos cabellos de oro, sus manos blancas y finas, su gracioso brazo, su seno juvenil y hermoso (*Canc. VIII*) y sus demás atractivos que la hacían orgullosa (25), cansando á los espejos en admirarse (*soneto XXXVII*). La veía en las claras, frescas y dulces aguas, en las verdes praderas, en la blanca nube; y dibujaba con el pensamiento su encantador semblante en la piedra (*Cane XVII*). Estas y otras espresiones debieron desengañar á los que han querido convertir á Laura en un sér simbólico, cuando él siempre la muestra como un sér real. Esto mismo fué lo que le preservó de estraviarse, como sus secuaces, en vanas abstracciones. Amó, deseó (26), y en su *Diálogo* con san Agustín, confiesa sus agitaciones, trasportes, insomnios, las angustias que le causa su pasión; é implora su socorro para conseguir libertarse de ella. Es verdad que dirigía á Ciceron, á Virgilio, á Varron, á Séneca, á Tito Livio, cartas en que respiraba un ardor más verdadero tal vez, y espresado ciertamente con más vivacidad que el que le inspiró Laura. Después, en sus obras en prosa, habla de las mujeres, enteramente en otro tono, diciendo

(25) Que harto á mí me agradaba y á ella misma
Volvíla á ver más bella y menos fiera.

(26) *Con lei foss'io da che si parte il sole.
E non ci vedess' altri che le stelle;
Solo una notte, e mai non fosse l'alba,
E non si trasformasse in verde selva,
Per uscirmi di braccia.
Pigmalion, quanto lodar ti dei
Dell'immagine tua, se mille volte
N'avessi quel ch'io sol una vorrei.*

«¡Oh! Si estuviese yo con ella á la hora en que el sol se pone y no nos viese más que las estrellas; nada más que una noche y que nunca asomara el alba, ni se transformase en verde selva para escaparse de mis brazos. Pigmalion, cuánto debes alabar de tu imagen, tú que pudiste tener mil veces lo que yo me contentara con tener una.»

Y en el tercer diálogo, *De contemptu mundi*: *Nullis mota precibus, nullis victa blanditiis, muliebrem tenuit decerem, et adversus suam simul et meam aetatem, adversus multa et varia quæ adamantinum flectere licet spiritum debuisse, inexpugnabilis et firma permansit.*

que el que se propone dedicarse al estudio debe huir del matrimonio, y lo más permitirse una concubina; que es una locura desconsolarse por la muerte de una esposa, cuando, por el contrario, debe uno regocijarse (27).

De todas maneras, su pasión ha producido un cancionero, que escepto doce sonetos y tres canciones, además de las dos que consisten en juegos de palabras, está consagrado únicamente á celebrar el amor. En la forma, se complació en las dificultades, como puede verse leyendo ya sus *sex-tinas*, disposición provenzal donde la repetición cansada de las mismas desinencias no se encuentra remunerada con ninguna armonía; ya sus sonetos que no giran en su mayor parte más que sobre cuatro rimas; ya en sus *canciones*, en las que obedece á leyes imprescriptibles. Une á estas poesías los *triumfos*, sueños alegóricos y eróticos, en los que celebra los triunfos del amor sobre su corazón, de la castidad de Laura en el amor, de la muerte de Laura, de Laura sobre la muerte, de la fama en el corazón del poeta, que divide con el amor: al fin, el tiempo anonadando los trofeos del amor, y la eternidad los del tiempo.

Estas son ideas y formas según el gusto de la época. Pero en vano se esforzarán en probar que Petrarca ha tomado de otros, sobre todo de los provenzales, de los españoles y de escritores anteriores, muchos de sus pensamientos; en vano se le hará un cargo de exagerado, de alambicamiento y de falso; siempre le quedará el mérito de un lenguaje de estremada pureza, lleno de frescura, aun después de cinco siglos, de un estilo vivo y correcto, de inagotable variedad.

Compuso otras muchas obras: una colección de *Memabilia* del género de Valerio Máximo; un libro de la verdadera *Sabiduría*, donde ataca la dialéctica de la época, tan frívola como inútil, tanto de corazón como de talento, poniendo en lucha uno de sus pretendidos sábios con un ignorante dotado de buen sentido natural. Como algunos jóvenes venecianos, que se permitían herir las reputaciones más sólidas, le declarasen hombre de bien, pero con poca elevación de ingenio, les respondió en su libro: *De mi propia ignorancia y de la ajena*. Deben buscarse en aquella obra algunas buenas sentencias, entre multitud de sutilezas, anegadas en olas de erudición fácil y presuntuosa. La conclusión es que «las letras son para muchos hombres un instrumento de locura, de orgullo para casi todos, si no recaen en una alma bien nacida y virtuosa. Después de haber dirigido sus ataques á un médico de Aviñon, se declaró contra todos los médicos, tratándolos de sectarios de una vanidad, de ambiciosos que van por todas partes envueltos en mantos de púrpura, con preciosos anillos y espuelas doradas, como si aspirasen al

(27) *De vita solitaria.—De remediis ult. for.*

triumfo, aunque pocos de ellos hubiesen muerto las cinco mil personas que exigía la ley romana.

El libro *De los deberes y virtudes de un general* haría sonreír á Anibal; el *Del gobierno de un Estado* está lleno de lugares comunes, que ni ilustran á los hombres sábios, ni sirven para corregir á los malos. Escribió para consolar á Azzo de Corregio, los *Remedios de la vana fortuna*, diálogos prolijos y descoloridos entre personajes ideales, en los que prodiga los argumentos y la erudición para demostrar que los bienes de este mundo son fugitivos y engañosos; y que es posible, con ayuda de la razón, hacer perder á la desgracia su amargura y convertirla en bien. Dirigió á Felipe de Cabasole, obispo de Cavaillon, dos libros sobre *La vida solitaria*, oponiendo al fastidio del habitante de la ciudad la dulce existencia del que vive en el retiro; antítesis poco social, cuando nuestro deber es trabajar en la obra comun, aun en medio de la turba que nos pone obstáculos, nos desconoce y calumnia.

Petrarca asociaba al amor y á la filosofía la devoción, que fué para él el tercer manantial de inspiración. Le remordia la conciencia á causa del amor, rogando á Dios *hacer entrar sus pensamientos errantes en mejor senda*; se componía de las bellezas de Laura *una escala para ascender hasta el Criador*; cuando no existe, espera volver á ver á su señor y á su dama, por quien «ha hecho tantas limosnas y mandado decir tantas misas y oraciones, con tal devoción, que si hubiera sido la mujer más mala del mundo, la hubiera sacado de las garras del diablo, aunque se asegura que murió pura y santa.» (28) Este pensamiento que le inspiró el *Desprecio del mundo*, especie de confesión libre de la ostentación impudente de algunas obras análogas, y en la cual á imitación de la *Vida nueva* de Dante, comenta sus propios cantos, analizando los sentimientos profundos y delicados que le animaban.

La colección de sus cartas *familiares, seniles, diversas y sin título* que contienen su correspondencia con los hombres más eminentes de su siglo, ofrece más interés. Siempre prolijo y afectado porque sabía que sus cartas eran leídas en círculos á veces de cien personas, antes de llegar á su dirección, trata de acontecimientos, costumbres, de sus misiones, sobre todo de los desórdenes de la corte de Aviñon y de ciertos manejos de su época que pertenecen también á la nuestra. Tan pronto vituperó á los *filósofos modernos*, de quienes le parece que á menos que no ladren contra Cristo y su doctrina, no podría haber éxito para ellos (29). Estos hombres, dice, «no se abstienen de atacar la fe, sino por el temor de los castigos temporales; pero fuera de esto, se rien, adoran á Aristóteles sin comprenderle, y profesan al discutir, su separa-

(28) Un contemporáneo, citado por Tiraboschi.

(29) *Seniles*, I, 3.

ción de la fe.» Tan pronto se queja de aquellos «que se llaman sábios en las ciencias y no son más que un objeto de risa, especialmente por el eterno patrimonio de los ignorantes la desmesurada vanidad.» Tan pronto la emprende con los que «llamándose italianos y habiendo nacido en Italia, hacen todo lo posible por parecer bárbaros. Como si no bastase, dice, á estos desgraciados, haber perdido por su indolencia, la virtud, la gloria, las artes de la guerra y de la paz que hicieron divinos á nuestros antepasados, manchan hoy nuestra lengua y echan á perder nuestros vestidos (30).

Recorriendo estas cartas es curioso verle y seguirle en sus viajes á las *ciudades de los bárbaros*, cuyos usos describe algo superficialmente. Entrando en París compara la disposición de su espíritu á la de Apuleyo la primera vez que vió á Hipato, ciudad de Tesalia, de la cual había oído contar maravillas. Halló la ciudad verdaderamente grande hasta cierto punto, aunque no tanto como esperaba, y más sucia, más infecta que ciudad alguna, si se exceptúa á Aviñon. Invirtió bastante tiempo en discernir lo verdadero de lo falso en aquella universidad «semejante á una cesta, donde se han reunido los frutos más raros de cada país.» Parecióronle los franceses de humor alegre, amantes de la sociedad, espresándose en la conversación fácil y amablemente, convidados amables, no desperdiciando ocasión ninguna de divertirse, y pasando el tiempo, á fin de desterrar la pesadumbre, en jugar, reír, cantar, beber y comer; de un carácter atrevido y pronto siempre al ataque, si bien flojo y poco capaz de resistir á las calamidades (31).

Vió en Flandes y en el Brabante, al pueblo únicamente ocupado en las tapicerías y en las obras de lana. Costóle mucho trabajo en Lieja proporcionarse tinta para copiar dos oraciones de Ciceron. Admiró en Colonia una urbanidad estremada en una ciudad bárbara, el modesto continente de los hombres, el esmerado aseo de las mujeres, y sino había allí Virgilio, encontró copias de Ovidio. Le condujeron sus amigos á las orillas del Rin, para admirar la puesta del sol en su compañía. Como era víspera de San Juan una infinidad de mujeres coronadas de flores cubrían la ribera sin tumulto. Iban con las mangas subidas hasta el codo para lavarse las manos y los brazos en la corriente, recitando versos en su idioma, y figurándose que aquella lustración las preservaría de desgracias en el curso del año. Nadie se atrevía entonces á cruzar por la célebre *selva de las Ardenas*, sin una buena escolta, tanto á causa de los bandoleros, como de las hostilidades entre el conde de Flandes y el duque de Brabante. De consiguiente, volvió á ver con grande júbilo al salir de aquellas

(30) *Seniles*, 16.

(31) *De vita solitaria* contra Galli calumniam.

montañas el hermoso país y el delicioso raudal del Ródano, así como á Aviñon.

Sin embargo, nada de lo que encontró le indujo á sentir haber nacido italiano. Si la Francia recibió de Roma los dones de Baco y de Minerva, allí no se cultivan sino muy pocos olivos, y no se ve ningun naranjo; los carneros no dan buena lana, y la tierra no tiene minas ni aguas termales. En Flandes se bebe agua-miel, en Inglaterra cerveza y cidra. ¿Qué decir de los helados climas que bañan el Danubio, el Bog y el Tanais? Madrastra fué la naturaleza para estos países. Unos se encuentran tan desprovistos de leña que con el estiércol se calientan solamente; otros no tienen agua que beber y les afligen las fétidas exhalaciones de los pantanos; éstos no poseen más que matorrales y una árida arena; aquellos hormiguean de serpientes, tigres, leones y leopardos (32). Sólo Italia fué objeto de la preferencia del cielo, que la concedió el imperio supremo, los genios, las artes, y especialmente la cítara con que los latinos triunfaron de los griegos, y nada le faltaria si Marte no le fuera funesto.

Le parece que con razon se creen superiores á todas las demás las mujeres de Roma, merced al pudor, á la modestia de su sexo, unida á una viril constancia. Por lo que hace á los hombres, son buenas gentes, afables respecto de aquellos que les tratan con dulzura, si bien no entendiendo burlas respecto de un solo punto, la virtud de las mujeres: lejos de ser condescendientes bajo este aspecto, como los aviñoneses, tienen siempre en la boca esta frase de un antiguo: *Pegadnos con tal de que la honestidad quede á salvo*. Le sorprendió hallar en esta ciudad tan pocos mercaderes y usureros, sin duda porque el comercio se habia alejado de allí á la partida de la corte pontificia.

En todas partes tributaban á porfia honores al poeta. «Los príncipes de Italia, dice, aspiraban á detenerme con súplicas ó á la fuerza: lamentáronse de mi partida y aguardan mi retorno con estrema impaciencia.» Retuviéronle los Visconti en Milan largo tiempo, y le hicieron ocupar un puesto entre los príncipes en la celebracion de las fiestas á que dió motivo el matrimonio de Violante con Lionel, hijo del rey de Inglaterra. En cambio les tributó muchas alabanzas (33). Pronunciaba la

(32) Estas últimas á lo menos son figuras retóricas.

(33) A propósito de Luchino Visconti escribe (*Epist. fam. VII, 13*): *Reges terra bellum literis indixerunt; aurum, credo; et geminas atramentis inguinare metuunt; animum ignorantia cecum ac sordidum habere non metuunt. Unde illud regale ac decus? Videre plebem doctam, regesque asinos coronatos licet (sic enim eos vocat romani cujusdam imperatoris epistola ad Francorum regem). Tu ergo, hac etate vir maxime, et cui ad regnum nihil præter nomen regium desit... meliora omnia de te spero.*

Y en otro lugar:

*Maximus ille virum quos suspicit itála tellus
Ille, inquam, æria parent cui protinus Alpes,*

arenga para la inauguracion de los tres sobrinos del arzobispo Juan, cuando fué interrumpido por el astrólogo, que habia conocido en el cielo el punto más favorable para la ceremonia (34). Recibió frecuentes invitaciones de los Gonzagas: Azzo de Correggio le profesó el cariño de un hermano: el belicoso Pablo Malatesta, que no le conocia, envió á un pintor para que hiciera su retrato; cuando le encontró en Milan posteriormente, le costaba mucho trabajo dejar su conversacion ni apartarse de su lado. Habiendo estallado la guerra entre los carrareses y los venecianos, le envió una escolta para seguridad de su persona. El gran senescal Nicolás Acciajuoli iba á menudo en Milan á su casa, como Pompeyo á la de Posidonio, acercándose con la cabeza descubierta é inclinándose por respeto, lo cual hacia que se le saltaran las lágrimas al poeta. Fué objeto de grandes demostraciones por parte de Carlos IV, quien le regaló una copa de oro y le dió el título de conde palatino.

Este entusiasmo se propagaba entre las clases inferiores: un anciano ciego, maestro de gramática en Pontremoli, hizo el viaje á Nápoles sólo para oírle. No encontrándole allí volvió á partir en pos de su huella «decidido á buscarle hasta en las Indias.» Por fortuna le halló en Parma, donde le abrazó con indecible trasporte, no cesando de besar la mano que habia trazado tan bellas cosas. Enrique Capra, platero de Bérgamo, encantado de haber conocido en Milan á Petrarca, llenó su casa de imágenes suyas, hizo comprar sus obras, y abandonando su arte, empezó á comprar libros; sólo frecuentó el tratado de los sábios, y tanto hizo, que consiguió que el poeta fuera á su casa (1358). Le salió al encuentro con cuantos eruditos habia en el contorno, y á despecho del podestá y de los principales habitantes, que querian que se alojara

*Cui pater Apenninus erat, cui ditia rura
Rex Patrus ingenti spumans intersecat amne,
Atque coronatos aliis in turribus angues.
Obstupet...*

*Adriaci quem stagna maris, tirrhena que late
Æquora permetuunt, quem transalpina verentur
Seu cupiunt sibi regna ducem, qui crimina duris
Nexibus illaqueat, legumque coeret habenis,
Justitiaque regit populos, quique aurea fessa
Tertius Hesperiae melioris secla metalli,
Et Mediolani romanas contuit artes,
Parcere subjectis et debellare superbos.*

Epist. metr., lib. III.

Para el nacimiento de un hijo de Bernabé:

*Te Padus expectat dominum, quem flumina regem
Nostra vocant, te purpureo Ticius amictu...
Tu quoque tranquillo votivum pectore natum
Suscipe, magne parens, et per vestigia gentis
Ire doce, generisque sequi monumenta vetusti.
Invenient puer iste domi calcaria laudum
Plurima, magnanimos proavos imitetur avosque,
Mirarique patrem docili condiscat ab avo.*

(Ibidem).

(34) *Seniles, III, 1.*

en el palacio del consistorio, Capra quiso tenerle en su casa. Habia mandado disponer una sala colgada de púrpura, con un lecho adornado de oro, donde juró que no se habia acostado nadie ni se acostaria nunca. Después, en el momento de la partida, fué tanta su pesadumbre, que creyeron que se volvía loco.

Objeto de veneracion de los literatos y del vulgo, recibió á la vez una invitacion de las universidades de Paris y de Roma para ir á recibir la corona del poeta. Encantóle con especialidad la perspectiva de ser decorado con una guirnalda de laurel, á causa de la semejanza del nombre con el de su dama, y prefirió á la ciudad del lodo, aquella en que habian triunfado Pompeyo y Escipion, su héroe. De consiguiente, se dirigió cerca de Roberto de Nápoles encargado de juzgar de su mérito, y después de haberle examinado el rey por espacio de tres dias, le halló digno del laurel poético. El día de Pascua de 1341, revestido Petrarca con un traje de púrpura que este príncipe le habia regalado, subió al Capitolio al son de trompetas y en medio de aclamaciones. Después de haberse arrojado delante del senador, recibió de su mano la corona, mientras un pueblo inmenso clamaba *viva el poeta! viva el Capitolio!* (35).

Petrarca vivia en Arquá, donde habia adquirido una casa de campo, á fin de estar en las inmediaciones de su canonicato de Pádua, cuando se le halló muerto sobre un manuscrito de Virgilio (18 de julio de 1374). En su testamento habia designado por heredero á Francisco de Brossano, su yerno. Legó al príncipe de Carrara una Virgen Maria pintada por Giotto, *cuya belleza no es comprendida por los ignorantes, si bien causa la admiracion de los maestros del arte*, y cincuenta florines de oro á Boccacio, para hacerse una buena bata que le diera calor durante las veladas de invierno.

Paralelo de Dante y Petrarca.—La poesia del Dante y del Petrarca fué modificada por el carácter de la época y por el suyo propio. Alighieri vivió con los últimos héroes de la Edad Media, corazones enérgicos, consagrados enteramente á la patria y celosos de su libertad, habiéndose engrandecido en medio de las luchas de partido, de los destierros, de las emigraciones, de las matan-

(35) Véase aquí el acta de coronacion dada al Petrarca: «Nos, conde y senador, conde de Anguillara, en nuestro nombre y en el de nuestro colegio, declaramos gran poeta é historiador á Francisco Petrarca: y por indicio especial de su calidad de poeta, hemos ceñido por nuestra mano con una corona de laurel su frente, concediéndole la supremacia, segun el tenor de las presentes y por autoridad del rey Roberto, del senado y del pueblo de Roma, en el arte de la poesia y de la historia, y generalmente en todo lo que á estas artes corresponda, tanto en la santa ciudad como en cualquiera otra parte, libre y entero permiso de leer, criticar é interpretar todos los libros antiguos, hacerlos nuevos y componer poemas que, Dios mediante, vivirán de siglo en siglo.»

HIST. UNIV.

zas, cuando en aquellas repúblicas, ya próximas á degenerar en tiranias, no eran refrenadas las pasiones violentas por la opinion ni por las leyes; entonces bastaba mirar en torno para encontrar caracteres poéticos y para poder poblar con ellos los tres reinos. Otras miserias afligian la época del Petrarca, y las causaban los manejos de una política torcida. Ya no se consumaban las venganzas con la punta de la espada, sino con ayuda de embajadas insidiosas, de asechanzas, de venenos. A Federico II, á san Luis, á Sordello, á Giotto, á Farinata, á Bonifacio VIII, habian sucedido el rey Roberto, Esteban Colonna, Nicolás Rienzi, Clemente VI, Simon Memmi: á la unidad católica no contradicha por nadie, el miserable destierro de Aviñon y se preparaba la época de la culta inercia, de los viles desmanes, de las virtudes sin vigor y de las desgracias sin interés y sin gloria.

Dante lleno de ira al verse acosado por el infortunio, despreció la fama y cuanto en la tierra se susurra y proclamó que honra al hombre sobremanera la venganza (*Convivio*). A sus mismos amigos inspiró más bien respeto que cariño, lo cual constituye la gloria y la miseria de los caracteres enérgicos y de los ingenios singulares. Petrarca, dotado de un carácter benévolo, dispensaba y ambicionaba la alabanza: se apasionaba por un Meceñas, por un autor, por la familia rústica que le servia en Vaucluse. Mil veces queria huir de lugares funestos á su tranquilidad, y siempre volvía á ellos, á la par que el Dante, no concordando con Gemma, su esposa, se alejó de ella, y «después jamás quiso ir donde ella estaba, ni dejar que ella fuera donde él residia (Boccacio).»

Disgustado Petrarca de su tiempo, se retiraba á la soledad, ó se sumergia en el estudio de la antigüedad (36). Alighieri paseaba su penetrante mirada por el mundo entero, á fin de recoger lo que le convenia (37). Ni la noche, ni el sueño le ocultaban un solo paso de los que daba el siglo en su camino. Poco le importaban que sus palabras tuvieran al pronto la aspereza de un fruto demasiado ácido, con tal de que luego se hallara en ellas un vital alimento. Petrarca, hasta cuando censura, se apresura á declarar que lo hace por amor á la verdad, y no por odio ó por desprecio á nadie. Dante teme deshonorarse á los ojos de la posteridad más remota, mostrándose amigo tímido de la verdad.

Uno y otro, por eleccion, por fuerza ó por moda, fueron huéspedes de los pequeños señores de Italia; pero Petrarca les dispensó bajos y hasta viles elogios; Dante conservó cerca de ellos su altivez (38), y si alaba á alguno de ellos, es con la es-

(36) *Incubui unice ad notitiam antiquitatis, quoniam mihi semper atas ista displicuit.* Epist. ad Post.

(37) *Auctor venatus fuit ubique quidquid faciebat ad suum propositum.* BENVENUTO DE IMOLA, en el capítulo XIV del Purgatorio.

(38) Petrarca refiere que Can Grande reconvinó á Dan-